

Citazione bibliografica: Juan Antonio Mercadal [Francisco Mariano Nipho o Juan Enrique de Graef] (Ed.): "Número VI", in: *El Duende especulativo sobre la vida civil*, Vol.1\06 (1761-07-04), pp. 107-134, edito in: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): Gli "Spectators" nel contesto internazionale. Edizione digitale, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.195

NUM. VI

Sabado 4. de Julio de 1761.

*Quem recitas meus est, ò Fidentine libellus,
Sed male dum recitas incipit esse tuus.*

Mart. Epig. lib. I. ep. 39.

*Dum flammis Jovis, & sonitus imitatur
Olympi.*

Virg. Æneid. 6. ver. 586.

[Apología del Duende, y desde engaño para el público.]

Amigo:

El *Duende* ha dado que hacer desde que ha empezado à salir à la verguenza. La Tertulia de donde sale, està casi adivinada, y no falta quien se precie de haver descubierto yà en los mismos Discursos el caractèr individual de los que concurren à la formacion del Folleto. Valgame Dios por comenzòn de indagar! Los dias passados huvo quien quiso apostar, que uno de los Tertulios està conocido por la trompa de su nariz, y por satyrico de profession. Y què bien estaba este Apostor con su dinero? Tambien està en Capilla otro, à quien dicen conocer algunos Tertulios de las Librerías, por un Clerizonte, que, sabiendo apenas Latin, corre tras una Dignidad, ò Canongía de Oficio. Igualmente se ha sospechado de *participante* à un cierto Arabigo de las Alpujarras, à quien nadie de nosotros, ni conoce, ni jamàs ha visto. Pero lo que mas inquieta à los que tan solícitamente trabajan en espiar nuestra Tertulia, es, que nadie hasta ahora ha tropezado con el Ecónomo de la Obra; porque no es possible persuadir, que èste sea mucho menos conocido, que todos los demàs Tertulios, y contribuyentes à ella. No es nuevo vèr, que se eche la culpa del asno sobre la albarda; y que el que se crea, ò suene testa de ferro, no pueda ser Arrendador propietario. Sin embargo, me imagino, que esta serà la primera vez, en que haciendose tan pública una cosa, como es divulgar el *Duende* sus Discursos, el Autor de ellos sabe de tal manera encapotarse, que nadie se ha rezelado de èl hasta aora; y que viendo cargar sobre otro todo el peso de la desazon, con que algunos han admitido su trabajo, tiene atrevimiento para oír censurar agriamente sus partos, no solo con paciencia, y risa, sino que ànima à sus contrarios, para que se rebienten à fuerza de las Satyras, que vomitan contra quien à su entender, es Cocinero de este guisado.

Es un gusto el poderse revestir del caractèr de *Duende*, entrar, y salir en todas partes, hablar recio, reirse, enfadarse, contradecir, y aun hacer callar à los que le enfadan, sin que nadie sepa, ni sospeche, que trata con el *Duende*, y aun estaria mas completo este contento, sino viniessse este gusto acompañado con la mortificacion de deber, no pocas veces, oír sentenciar criminalmente su buena voluntad, y las apreciables prendas de sus adherentes.

No hace mucho, que el *Duende*, hallandose en la Tienda de un Mercader de Paños, oyò hacer con mucho despéjo una oracion panegyrica de sus locuras. Cortaronle un vestido, aunque de mal paño, el qual, hablando claro, no podia servir para su talle. Uno decia, que conocia especialissimamente al *Duende*; que le havia tratado,

y que era sugeto de poca substancia; y en esto no decia del todo mal. Añadiò, que el *Duende* no podia saber quanto mas, que el *Caton*; porque no havia estudiado en Universidad, ni Colegio: y aqui acertò tambien. Prosiguiò diciendo, que todo quanto el *Duende* havia publicado con apellido supuesto, havian sido bagatelas, y sandeces; pero en esto diò el murmurador à entender, que no conoce al *Duende*: de suerte, que el voto de este sugeto no es de peso; siendo notorio en Madrid, que solo le deleytan coplas de ahorcado. Finalmente remató con fallar definitivamente, que le faltaban al *Duende* capacidad, y talentos, para pensar, como hombre, sin atender este sugeto à que en esto erraba, como Modista; pues nadie ha disputado al *Duende*, à lo menos aquellos pocos alcances, que Dios ha querido darle, y que èl ha realizado con su trabajo. Otro, que se hallaba presente, no hincò tanto la uña para hablar mal del *Duende*; pero la gracia, que le hacia, era para hacerle servir de pedestal à una Estatua, que levantò de repente à un Amigo suyo, à costa de las faenas del *Duende* mismo. El *Duende*, sin commoverse, ni inquietarse, oyò el Dialogo; y despues que se hubo perficionado el retrato, se fueron los Pintores, sin haver conocido el original, que havian copiado tan mal, aunque le tenian delante.

De buelta para su casa, repassò el *Duende* la Scena de que acababa de ser testigo, no pudiendo contener la risa, por la insensata jactancia de tantos como fingen conocimientos, y amistades, con personas à quienes jamàs saludaron. Yo, que sè, que mi rostro es vulgar en la Corte, y que sè tambien, que mas de quatro veces le hablò de mi en público, me rio de una infinidad de personas, que divulgan me conocen, y que quando llegan à hablarme, me preguntan còmo me llamo.

Considerando, que la fortuna de una Obra depende algunas veces de la calidad, estado, y papel, que hace el Autor en el theatro del mundo; y que yà es como ley aprobada, que para abonar, ò desdeñar un Escrito, es necessario saber, quièn es su fabricante, de què vive, què conveniencias goza, què conducta tiene; si es alto, ò baxo de talle; hermoso, ò feo de rostro; si vâ de militar, ò de habitos, &c. pretendo, por no desfraudar al Librero en el fomento del papel del *Duende*, caracterizarme con quatro tiznazos, que me daràn à conocer con facilidad suma, otorgando à favor de mis Lectores poder absoluto, para que dissequen mi capacidad, y dissuelvan mis talentos, y aun si quisiessen, mis Mayorazgos.

Desde que los Autores ocupan con su apellido el lomo, ò fachada de un Libro, entapizan las esquinas de la calle, las paredes de las Iglesias, ò llenan el hueco de una Gaceta, por falta de noticias; les hinchan tanto la vanidad, y presuncion de Sábios, que se imaginan, que todo el mundo està ocupado de ellos, y de sus Escritos. Su amor propio les insta, para que apuren el juicio, que se hace de ellos. Para satisfacer este apetito, les inbuye su curiosidad, que nadie les conoce, y que pueden con libertad escudriñar los ánimos de sus amigos, y enemigos. Para saber lo que se piensa de ellos, y de sus Obras, procuran tratar con gentes, que no los conocen. Hablan con estos de sus Escritos llenos de miedo, de que se pronuncie contra ellos una sentencia amarga. Es verdad, que no es general esta flaqueza; pues Autores hay tan afortunados, que qualquiera cosa que arrojen al público, por mala que sea, halle mas Lectores, que Libros; y esto sin mas motivo, que una gracia, ò defecto especial, que tienen; ò porque se visten de un modo, que les hace estimable, à los que les conocen, ù oyeron hablar de ellos.

No encuentro cosa mas facil, que conocer al *Duende* entre un millòn de personas. Con la mas leve observacion se le puede adivinar; porque en todo es extremado, y singularissimo. Se le conocerà por la estatura, por el vestido, por sus gestos, y conversaciones. Con tener cuidado con un hombre taciturno, melancólico, siempre cuidadoso de divulgar lo que le oprime el espiritu: un poco incredulo, jamàs lisonjero, algo paciente, y nada obsequioso, se hallarà al *Duende* al primer folio. La taciturnidad que le asiste, no es innata, sino resulta de una reprehension, que los años passados le diò cierto conocido, y quizàs amigo, sobre un desliz, que havia tenido contra la temperanza de la lengua; haviendose atrevido à sostener, con demasiado desahogo, un parecer ridiculo en la discusion de un hecho de suma importancia, y en que el *Duende* arriesgaba una reputacion, y credito, granjeado à costa de mucho trabajo. Era la question, sobre si los Españoles, en tiempo de la Restauracion del Reyno, havian usado Espadas de à vara y media, ò de solo tres quartas. El *Duende* se diò por entendido, de la fraterna, que en esta ocasion mereciò à este su Amigo, y resolviò desde luego mudar de bisiesto, y enmudecer en empeños, y comentaciones. Es verdad, que no le fue possible lograr de contado el beneficio del silencio; pero èl se lo procurò poco à poco, traspasando su loquacidad, y genio litigioso en partes, y con cantidades decentes, à unas Señoras, que deseaban aumentar la suya, y surtir con algunas porciones à sus cortejantes, que muchas veces quedan extaticos, y sin habla en las conversaciones. Tomaronle tambien algunos surtidillos de parleria ciertos Literatos de Circulo, y Sábios Novelistas; y lo poco que el *Duende* ha conservado para sî, està todavia à su orden. Con este medio ha

conseguido tan cumplidamente el bien, que apetecía, que los que oy día le sufren en su presencia, conocen por señas el concepto que forma de las cosas sobre que se discurre, y el modo con que le mueven los objetos, que se presentan à su vista. De modo, que imitando à un cèlebre Inglés aquellos à quienes el *Duende* llama Amigos, està ya tan hechos à esta maniobra, que responden correctamente, y con expresiones propias, à qualquiera menéo de ojos, golpe de pies, ò risilla falsa, ò verdadera, que le notan, y sin equivocarse jamás en lo que significan sus ademanes, ò gestos.

No menos descubriràn al *Duende* aquellos, que adviertan el cariño con que arrulla à su amor propio. Sin embargo, que las lisonjas no son capaces de cegarle, ò de alucinar sus potencias; no le es facil combinar la adersion, que tiene à lo que huele à adulacion, vanidad, ò ambicion, con el imperio de sus sentidos, los cuales se complacen, en que tengan por Philosopho; que todos le conozcan; le dèn la enhorabuena sobre sus progressos, y empeños Literarios; le alaben, divulguen, y respeten por hombre habil, y capáz para alguna cosa. Todavía hay otros secretos que advertir, para conocerle mas individualmente; pero ellos quedan reservados, hasta que el tiempo los manifieste.

El *Duende* està muy contento :con que le adivinen aquellos, que desean conocerle; y sobre todo, cierta casta de gentes, que lo miran todo con anteojos de larga vista, à fin de disminuir lo bueno, y de abultar lo defectuoso, ò imperfecto. El permite, que estos le observen con sus Telescopios, y le hagan Enano, ò Gigante, conforme se lo dictàre su fantasia. Lo estraño, y menos averiguable de todo, es, que en ninguna parte està el *Duende* mas solo, y menos descubierto, que en aquellos Corrillos, ò Tertulias tumultuosas, donde no encuentra Amigos, ò Escogidos; porque allí disfruta con ensanche las delicias de una Thebayda. El hombre que frequenta el mundo, con el fin de cebar su curiosidad philosophica, goza los embelesos del Yermo, y los atractivos del Gabinete, en medio de la Puerta del Sol, y en aquellos concursos de personas, que soltando la rienda à su lengua, gobiernan no menos los Estados del Gran Mogòl, que los del Rey de España. Este Privilegio de divertirse de todo, es exclusivamente para aquellos, que estudian à los hombres, y à sus retratos, solo para reirse de la nada en que se ocupan: y no lo gozan aquellos, que conversan con gentes, solo por fines, è intereses particulares; pues estos jamás se hallan bien, donde no encuentran compañía, y siempre mal, donde està solos, y sin el deleyte de hablar de pleytos, ò ganancias. Pregunten al Ambicioso, al Avariento, al Usurero, al Enamorado, còmo les và en la soledad, en el retiro de su estancia, en la obscuridad de la noche, en su cama à sus solas, &c. y oiràn à todos quejarse, de que en semejantes parages, y momentos sufren sus potencias, haciendoles entonces la mas cruel guerra sus passiones. Pues Señores, de nada de esto se lamenta el *Duende*; porque siempre se encuentra en compañía de sî mismo. Estando solo, se divierte con sus reflexiones, y con las conversaciones, gestos, y figuras de todos: se divierte, en vèr que le buscan, le adivinan, y que maltratan à otros por causa suya. Què piedad! Pero si es mundo, para què estrañararlo? Pues todo esto son espuelas, que mas le elevan en sus meditaciones. El *Duende* se entretiene con las necedades de muchos, que sin ser buenos, ò perfectos, pretenden, que los hemos de venerar como si lo fuessen.

Pero què provecho podràn sacar los curiosos de haver descubierto al *Duende*? Ha cometido algun delito en haverse encargado del plan, y economia de una Obra, para la qual otros muchos le ayuden, proveyendole de materiales? El *Duende* no se pregona por sábio, solo sî, haciendo lo que està de su parte para dâr cumplimiento à su empeño, procura llegar à serlo, y por esto se despepita, para cautivar la benevolencia hasta de sus adversarios. El habla con todos en terminos, y frases sencillas, para que le entiendan. Huye del estilo afectado, florido, y cadencioso. No và à caza de voces altisonantes, ni gusta de Tropos, ni Figuras. Muchos se persuaden, que hablando clausulado, empeñen mejor la gente para la compra de sus partos Literarios. Tampoco se casa el *Duende* con el language vulgar, y grossero, con que algunos impertinentemente satyricos, tratan el público como Cavallo desenfrenado, que no tiene humanidad, ni inteligencia.

Quieren acaso mal al *Duende*, porque toma à su cargo manifestar las necedades, y ridiculèces de algunos? Pues esto jamás fue mal visto entre Griegos, Romanos, Cimbros, ni Longobardos. El Irlandès *Szvift* declarò la guerra à las costumbres, y ridiculèces de los Ingleses, con una estratagema admirable. Para reprehender en los Grandes sus defectos, vistiò los vicios, que censuraba, con el humilde trage de la Plebe; y combatiendo ridiculmente en la gente comun, los defectos, y necedades de los Magnates, se libertò por este medio de los disgustos, que en algunas ocasiones causan à los Sábios el poder, y la lisonja. El Francès *Moliere*, quien se propuso esta misma reforma, tomò por otra senda, y revistiò todas las cosas censurables de su Nacion, con trages ricas, no menos conocidas en *Versalles*, que en *París*. Buscaba los caràcteres, que queria ridiculizar en las Tablas, hasta en el propio quarto del

Soberano, y tomaba por modelos de sus Personages theatrales, sugetos verdaderos, y existentes; y divirtiendo à los mismos originales con sus copias, les predicaba à todos una Mission de Coliséo, con que enmendò una infinidad de abusos, y ridiculèces, de que los Franceses antes hacian gala. Una libertad tan grande, y à nuestro modo de pensar, tan injuriosa à la Nacion, no encontrò sin embargo repugnancia, ni contradiccion de parte del Principe, ni del Pueblo; y los primeros hombres del Estado celebraban el medio de que se habia valido este cèlebre Cómico, para pintar à lo vivo las ridiculèces, y extravagancias de aquellos, que con singularidad pretendian sobresalir entre todos. Estos dos chistosos Satyricos me han parecido siempre grandes en sus-invenciones, è ingenioso modo de hacer sentir à los hombres el abuso, que hacen de sus luces, con el fin de extirpar assi los vicios que nacen, no tanto de una depravada corrupcion de corazon, como de una mania, y malevolo apetito de quererse dàr à conocer por hombres de caracter extraordinario, y sugetos de circunstancias poco averiguables.

Pero vamos mas claros: Quereis mal al *Duende*, porque define las ridiculeces, con que todos estàn tan bien hallados? Y sabràn por ventura los que quieren tan mal al *Duende*, y que se meten en el empeño de denigrar, no lo que escribe, sino su persona, que lo que hacen con quien suponen *Duende*, lo harian tambien si conociessen el verdadero? Què cosa es ridiculèz? Y por si se ignorasse, diremos algo sobre el assunto. En primer lugar se debe saber, que la ridiculez, es una cosa de que todos hablan, y que pocos entienden: La ridiculèz es indefinible: Decir à uno, que es ridiculo, es como quererse desquitar de alguna injuria recibida, ò de algun desayre dictado por colera, ò descuido. Llamar à uno ridiculo, es querer obscurecer, ò tiznar el merito, la capacidad, ò la fortuna de aquellos, que nos ofendieron, ò eclipsaron con alguna de estas calidades. Los hombres mas ridiculos, son à mi parecer, aquellos, que presumen mas de entendidos: pues en mi sentir, no tenemos razon, para ridiculizar à quien Dios no favoreciò con entendimiento alguno. Aquellos à quienes nosotros tratamos de ridiculos, nos tratan de la misma manera; y assi son iguales las armas de la venganza, con las de la ofensa. Lo ridiculo, dice graciosamente un Autor Francès, conviene, y parece connaturalizado con todos los caractères del hombre. Todos hacen su papel en el Theatro del mundo: cada uno hace alarde, y ostentacion de sus imperfecciones, y defectos, creyendolas prendas virtuosas; y todos nos burlamos unos de otros en público, y en secreto. Este paga con usura la critica, que le hizo aquel; y cerrando cada qual con su dictamen la campaña, nadie reforma, ni quiere reconocer, ni confessar sus deslices. El campo mas fertil para la pluma en este País de la moral Philosophia, es la ironia; pues solo ella puede con precision, y verdad, texer el lienzo, para representar à lo natural, las costumbres, y, abusos, que hacen los hombres de sus talentos.

Muchos siglos hace, que dominan en el mundo los vicios, y ridiculeces, que adoptaron, y siguen los hombres. Los Escritos serios para hacerlos la guerra, no han podido desarraygarlos; y los Autores, que los han producido, han sudado sin essencial provecho. Si muchos Lectores aplauden, y alaban estos escritos por el estilo, y manera de tratar los assuntos, la sequedad, la aridez de la materia, y la aspereza con que muchos escriben, son causa de que la verdad suene mal à quienes comprehenden las reprehensiones. Los retratos que se leen en semejantes Libros, son agrestes, y toscos, en lugar que debiessen representar los vicios, è imperfecciones de los hombres, con ligereza, y distraccion afectada. Todos queremos desconocernos quando nos pinta mal el Artifice, y que la pintura nos pueda causar sonrojo, y verguenza; en lugar, que qualquiera se embelesa, y deleyta en las representaciones chistosas de los vicios, que se tratan con gracia, blanda mano, y tintas lisongeras, disimulando lo possible en la copia, lo parecido del original, y haciendo creer, que si esta saliò con alguna semejanza, fue por acaso, y no con proposito determinado.

Para que la reprehension de las ridiculeces, tratada con estilo ironico, haga sus efectos en los hombres, se ha de procurar, que estè propuesta con tal arte, que todos admiren, sus retratos sin agriarse, y tengan, como por especial favor, el que el Autor se acuerde de ellos. Es necessario, que qualquiera confiese, que el Pintor acertò con su retrato, y que no pueda dudar, que vè su propia figura. Es menester, que todos con una risilla enojosa de aprobacion conocida, se quexen dulcemente, que les lisongeò el Artifice, con colores algo vivos, y un tanto quanto demasiada afectacion en beneficio suyo. Este debe hallar el peynado con extremo alhagueño; aquel cariñosamente rebolverse contra la forma, que tiene su corbatin, contra la mucha garbosidad, y soltura de su talle, contra el ayre de su contenido, contra la gracia, que le dà el sombrero, y el boton de moda. Las Señoras deben oponerse altamente, á un lunar puesto con mucho estudio, deben al parecer disgustarse de la vivacidad, de las rosas, que tiñen sus labios, de la blancura de su tez, y de lo negro de sus cejas; deben reprobar, riendose, la marcialidad, que el pincèl, con un descuido cuidadoso atribuye à sus facciones, y aptitud soldadesca: y para lograr

el fin de una reforma indubitable, sin exceder en los medios, debe cada uno reconocer su retrato, y quejarse agradecido de la destreza del Artifice.

Mas fruto sacarian por ventura los Reclamadores de sus Sermones, si expusiesen clara, y energicamente los defectos, è imperfecciones, que preparan, y conducen al pecado con colores indulgentes, que no con las pinturas espantosas, y horrendas, que delinean por el pecado mismo. Queriendo demostrar con solidèz, y juicio mi pensamiento, he juzgado, que seria bastante, considerar en los hombres la sensibilidad, en lo que sea capàz de perjudicar à sus intereses, y al honor que gozan entre sus iguales. A muchos no atemorizan las armas espirituales de la Iglesia, y dexan sin embargo de contravenir à la Ley, por no pagar una multa de cien reales, ò vèr pregonadas sus personas en públicos parages. No es menester: explicar tanto la essencia, y circunstancias de un primer descuido, que lisongea con exceso à nuestro apetito, y complacencia obsequiosa; mas conveniente me parece ponderar los infinitos bienes, que sacamos de evitar aquellos escollos, en que los hombres, tropezando, y dexandose arrastrar del engaño, se hacen ridiculos. Nadie se ha lastimado de que hayan hecho burla de èl, que no corrigiesse de contado en su conducta, el motivo, que havia dado para exponerse à la risa, y censura: y solo se han mantenido ridiculos, y porfiadamente censurables, aquellos, que ocupados en divertirse à costa de sus amigos, y conocidos, no quisieron reconocer, que ellos mismos eran originales de las copias, que ayudaban à celebrar en sus Tertulios.

Algunos Escritores se hicieron ridiculos, è insoportables, porque querian reformar las costumbres con una bilis, que indiscretamente manchaba sus acciones, y representaciones mal digeridas, y peor enunciadas; y sus obras han ido à parar à los coheteros. Aquel, que para desarraygar abusos, y moderar demasias, se dexa llevar del empellòn de sus propias inclinaciones, sin atender, ni escuchar à la naturaleza, ò consultar la capacidad, genio, humor, y temperamento de aquellos à quienes predica; perderà su tiempo, y se zambullirà en un empeño, no menos ridiculo, que impracticable. Jamàs resultará bien alguno, de que se diga con gravedad, y facha à facha à un hombre, quien se cree, y pretende ser honrado, que es un ladron. Mas vale componerse el rostro, y con una risilla expressiva, ò en estilo de zumba, ò juguete, vituperar sus deslices, atribuyendole mañas de Sastre, pluma de Escribano, ciencia de Procurador, ò Agente, &c. La usura, que es pecado, al parecer, peculiar de hombres adinerados, puede traer por contraste la devocion, y una religiosidad exterior, y fingida, que la emboza; y no siendo practicable zaherir à este vicio con desembarazo, en presencia de un Pueblo entero, será preciso hacerlo baxo la metaphora de que no hay virtud, en vestir à unos despues de haver desnudado à muchos. Una dolencia, que resulta de una licenciosa vida, avergonzará à quien la padece, si la califican con su propio nombre: pero tratada al abrigo de otras denominaciones, y con la expression politica de Rheumatismo, humor frio, dolor arterico, &c. el doliente se dexa curar sin sonrojo; y sin darselo à conocer con libertad, que molesta, se le advierte su mala vida. Aquel Frayle Francisco, à quien los ladrones hicieron predicar en el monte, huviera tenido mala gracia si los huviesse tratado conforme el merito de sus ocupaciones, exagerando con colores tetricos, è irritantes la disformidad de sus delitos. Hizolo mejor: formò un parangòn entre la vida de Jesu-Christo, y la de estos ladrones, combinando amibas vidas, con una desconcertada concordia de acasos. Con justissima causa podemos decir, que obra como necia, y mal aconsejada la persona, que no teniendo pleyto con el público, ni dissension con particulares, pretenda formar systema de reforma sobre la cantinela vulgar, odiosa, y de todos modos reprobada, de que nuestros ascendientes fueron Santos, y nosotros malos, ruines, y absolutamente hijos de Belial. Se persuadirà alguno, que sacará mucho fruto, con valerse de un medio tan absurdo, y tan contrario à la razon, la que nos dicta, que para corregir defectos humanos, debemos practicar las diligencias, que ofrecen la propia conducta, y vida de aquellos, que están embriagados en los vicios. El Systematico reformador, que no tuviesse presente una verdad tan clara, verà burladas sus esperanzas, y se arrepentirà de haver desperdiciado tan mal su tiempo.

Algunos querràn, sin duda, mal al *Duende*, por la desgracia, de que sus rasgos estarán demasiado parecidos à originales, de que èl no tendria la menor noticia, ò por el miedo, que no se les descubra una hypocresia, embozada con una finissima politica. Pero à nadie se le deba comprimir el corazon por esto. Los hombres se semejan todos en alguna cosa, y el acierto del *Duende*, es casualidad, y no efecto de idea formada, ò de premeditacion absoluta. Al *Duende* le sucederà, lo que sucediò à cierto Pintor célebre, que cansado de ensayar, por varios modos, la formacion de un espumarajo en la boca de un Caballo, arrojò colerico la brocha empapada, con diversos colores sobre el lienzo, y formò sin querer una espuma tan elegante, y que cayò en parte tan señalada, que es el assombro de los inteligentes. Los Retratos que se producen en estos Discursos los concibe la imaginacion, y no son otra cosa, que una mera imitacion de lo que acaece todos los dias à nuestra vista; expressado con voces, y

phrases, que se comparan conforme, lo necessita la materia, que se controvierte. Es verdad, que algunos Retratos pueden lograr la fortuna de ser parecidos à ciertos originales. La casualidad puede con la brocha, que el *Duende* maneja, producir algunos rasgos, y borrones, que salpicando el lienzo de una infinidad de modos, formen con sus colores algunos rostros conocidos. Hay Retratos en la Naturaleza humana, que parecen mucho, à lo que los Italianos llaman *Caricaturas*, y de esta casta son las pinturas del *Duende*. En medio de proporciones dislocadas, y de pinceladas embrolladas, y confusas, se puede, sin milagro alguno, distinguir una cosa que parezca à otra; pero será obscuramente; porque en aquella ocasion la mas perfecta hermosura, será siempre un monstruo horrendo.

Querèis, por acaso, mal al *Duende*, Lectores, porque algunos os hacen creer, que peca en Critico? Pues sabed, que los verdaderos Criticos no causaron jamàs mal, ni daño en la sociedad. Oprimir, y aborrecer à los verdaderos, es accion de necios, y presumidos de Sábios, y de Escritores. Los Criticos son como los afinadores, cuyo oficio, es segregar el buen metal de sus escorias. Los que hacen un mal infinito, no menos en la Republica de las Letras, que en la sociedad, son ciertos Mæcenas de suficiencia; son los Protectores sin Titulo, que, como los Valentones dàn Cedula de vida, dàn con su nombre, ò aprobacion Passaporte à una Obra, solo porque canoniza sus passiones. Dañan aquellos, que siendo verdaderos Pigeos, en Letras, se ostentan Gigantes orgullosos, y que por un Soneto, una rimera de Seguidillas, ò por un Pronostico, que los dedican, bostezan de Sábios. En una palabra: mas que los Criticos, perjudican aquellos sugetos, mitad ingenios, y mitad hombres de tenàz memoria, que en todas las conversaciones, y Tertulias, repiten, como lo dice graciosamente un Autor Francès, que *Psapho es Dios*, atreviendose, no pocas veces, à avergonzar cruelissimamente à los Doctos, y Literatos.

El Autor que dixo, que las Criticas hacen en una Libreria el oficio, que las ventanas hacen en un edificio, habló con precision. Las Criticas dàn luz, y hermosura. No hay Libro, ni havrà en que no hay que reprehender; de modo, que jamàs havrà Escrito, que no estè susceptible de la Critica, mayormente los Escritos de mucho volumen. Supuesto, que un Abogado se propone escribir sobre la Historia, para lo que necessita consultar una infinidad de instrumentos, acercar fechas, comprobar firmas, discurrir hechos, separar la verdad de la mentira, y despues tratarlo todo en Historiador, y no en Jurisconsulto: supongo, que tenga todos los talentos necesarios para ello, no por esto será su aplicacion igual para todas las partes de su Obra; porque seria hacer una cosa, que en cierta manera no cabe en la naturaleza. Sus ojos fatigados, le presentan una voz, que no està en el original; ò fiandose en su memoria, èsta le juega la pieza de alucinarle: de modo, que hablàra obscuramente de la materia; ò porque no tomò la pena de examinar bastantemente su Obra; ò porque no dice las cosas de un modo, que los Lectores y que no saben el assunto, le entiendan. Los defectos de un Escrito, por bueno que sea, nacen de una infinidad de cosas; y sin Critica, no es facil enderezar lo que un Autor hizo mal por negligencia.

Bien sabido es, que un Lector de limitados alcances, no se detiene en lo que hay defectuoso en un Libro: si halla una prodigiosa coleccion de materiales sobre un mismo punto: si en cada pagina encuenca algo, que le parezca nuevo, la confianza que dà el Autor, que le conduce como por la mano por Paisés desconocidos, le sirven para esto de aprobacion; y como semejantes Lectores rara vez rezelan de la veracidad, y prejuicio de los Escritores, se admiran como tantos años hace se entapicen las esquinas, con el anuncio de la primera edicion de una Obra, que à ellos pareciò tan excelente, y el Autor el primer hombre de la Monarquia.

La lectura de los Sábios, è Inteligentes en las materias, es diversa. Estos, contentos con aprobar lo que concuerda, con las luces que adquirieron en el examen de los originales, juzgan el merito de los hechos; pero por poco que el Autor se aparte del comun sentir de todos, sin estàr fundada la singularidad de su pensamiento, le condenan con piedad, si son discreto; con odio, si son enemigos del Autor, ò mordaces por naturaleza.

No me parece util, ni aun decente, que la Critica exerza su empleo sobre Papeluchos como este, y sus iguales, por mas que la embidia exalte la bila contra ellos, y sus Autores. Pues què hay en ellos para merecer tanto lauro? Con semejantes Criticas se ensobrevecen sus Autores, dandose por hombres de utilidad, è imaginandose, que yà pueden ladear con los *Feyjòs*, y ademàs Autores clasicos, que tuvieron que hacer con los Zoylos, y perros rabiosos del merito de los Escritores originales, à lo menos en la casta de la Literatura, que tomaron por norte de sus desvelos. No os parece bien, por vida vuestra, que un Autor, para que se animen los compradores de su Obra, y favorezcan su Escrito, deba ir con el Papel en la faldriquera, para leer sus impugnaciones, y sandeces à un corrillo de personas, que estàn riendo de la inocencia, y presunicon del Escritor, quien para hacer recomendable su trabajo, se vale de medios tan vilipendiosos, para obscurecer una luz, que comenzando à centellear en su natural esfera, sería quizà capàz de ostentarse Cometa, ò Astro nuevo, para atormentar con el tiempo la Ciencia

de los Astronomos? Ea, dexen los Criticos correr el agua: tengan por bien que se sepa, que están en el mundo, y que, quien no puede mostrarse con un vestido nuevo, haga figura con uno hecho de retales, de cortaduras, ò de sus ñizquetas.

Querèis mal al *Duende*, porque se lastima de que las Prensas se ocupan, por lo regular, con poca utilidad de las Letras, y menos honor de la Nacion? Porque se quexa de la poca aficion, que hay en España à los Libros; de la poca inteligencia, y de la mucha codicia de los que abrazan su comercio? Porque se enoja de vèr, que los Privilegios de las mejores Obras, están empeñados en sugetos, que no hacen uso de ellos, y que sin embargo impiden, que otros emprehendan Obras de la propia casta? Pues digan los racionales: No es una compassion vèr, que solo quatro sugetos, y no de la primera, ni de la segunda magnitud, se apliquen? Las Mathematicas, sostenidas de la liberalidad del Principe, havian tomado yà tanto buelo, que sus Professores lo querian apostar à la Europa entera, y estabamos esperando yà excelentes producciones de su estudio; pero se nos escapò la esperanza, el ardor se apagò, desmayòse el zelo, y pareciò vergonzoso, que el público huviesse juzgado los talentos de los que deben su fortuna à ellas.

Muchos huyen de conversar sobre lo que aprendieron desde su juventud, y de exercer la profession, en que fueron aprendices. Todos mendigan aplausos, y premios, por lo que pretenden saber, y censurar en trabajos ajenos. No se sabe positivamente, si se debe atribuir este desbarro á impericia; si se debe considerar sequela de una presuncion inadvertida; ò si acaso es defecto de una esperanza vaga, de hacer mejor su camino por semejantes veredas.

No sè si se debe aplaudir la complacencia de contravando, con que se adopta qualquiera friolera, con pretexto, que es para alentar al Autor: à lo menos yo lo tengo por perjudicial al progreso de las Letras. Un Comercio de alabanzas recìprocas, entre los que escriben para el público, es, si hemos de estàr al dictamen de un Academico, una especie de gabela, que impone la Moda sobre las Letras; un consentimiento de obrar contradictoriamente à la razòn; y un fardo, que oprime la libertad, y juicio, en el hombre. Tengamos por cierto, que se muriò la Critica, y que la verdad Literaria està sepultada, la libertad honesta de la pluma con prisiones, y la sabiduria, y alcances del encendimiento à pupilos.

Las quexas, y ayes, que continuamente exhalan quatro Literatos de las Gradass, sobre que falta en la Nacion gusto, è inteligencia, es otro impedimento, que daña à los progressos Literarios, y una deduccion conocida de la interesada codicia, con que los Autores procuran el despacho de sus O Brillas. Quieren por fuerza, que el vulgo, à fin de hacerse digno del decoroso epitecto de entendido, compre, y lea lo que ellos escriben, instando à que se crea, que assi lo sugiere la Moda. El espiritu de la Moda, y las infalibilidades, que muchos exageran à favor de lo que escribieron nuestros antepassados, solo porque ellos los copian, nos borran el camino por donde se và al Templo de la Fama.

Sacar à retazos del olvido lo que animò el tiempo, solo porque algunos los ignoran, es dâr à entender, que falta paño para escribir algo de nuevo, y que es menester bolver à los estudios viejos, y usados, si lo queremos lucir en la Feria comun del Parnáso con las demàs Naciones. Soy de parecer, que los Estrangeros no nos tendràn por grandes, por mas que desapollilèmos los huessos de nuestros mayores, cuya erudicion, y saber merecian el aplauso de ellos en el tiempo en que florecieron. Nadie debe presumir, que fuera de la Peninsula estimen nuestra Literatura, à la sombra de los Escritos antiguos: ni que juzgan, que las Ciencias permanezcan en esta Peninsula, con el esplendòr, y grandeza, que las celebraron los siglos passados. Ostentar la sabiduria de nuestros antepassados, es confessar, que se nos acabò la sementera del saber; que degenerò la semilla Literaria; y que en lugar de cuidar de procrear cosas nuevas, los ingenios Españoles de este tiempo, son de distinta naturaleza, que lo eran los de los passados.

Desenterrar la Literatura de los siglos passados, es honrar la Monarquìa, renovando la memoria de los sugetos que la ilustraron; pero con esto no nos hacemos mayores, pues muy lexos de adornar el Palacio de las Ciencias Españolas, con nuevas, y preciosas alhajas de erudicion, y gusto, solo enxarramos, ò estropajamos sus paredes, para hacer resaltar las pinturas que borrò el tiempo.

Los que se hallan encargados del honor Literario de la Nacion Española, debieran convencer el mundo, que no se agotaron las Minas de esta Peninsula: que España tiene Literatos consumados en todo genero de estudios: que hay materiales abundantes para lucirlo: y que si algo tardan en explicarle los ingenios, es porque esperan, que un Zephyro benigno favorezca su empresa. Pero se ha de quedar en inaccion mientras esto suceda? No por cierto. Hagamos entretanto algo, como lo dice *Terencio*.

No es posible, pues, que en vista de este modo de explicarse, descubran al *Duende* aquellos, que como Raposas quisieran estudiarle. La modestia, el embozo, y la escrupulosa curiosidad, con que hace sus observaciones, le han casi vendido en diversas ocasiones. Tiene el *Duende* el consuelo, que los mismos que pudieran resentirse, y quexarse de sus zelos, convencidos del modo con que obra, alabaràn su ardiente deseo de descubrir las ridiculèces de los hombres. Y si algunos, embidiosos de la fortuna del *Duende*, ò de sus prendas, juzgaràn a proposito satyricularle personalmente, yà que no pueden morder en lo que escribe, allà se las haya. Tiene humor para aguantarlo, y siempre serà el primero en divulgar la Critica, que le hiciessen. Tiene bastante satisfaccion con saber, que no tuvo otra mira, para principiar este Escrito, que su propia diversion, y gusto; y que con tal, que sepa acallar su amor propio, havrà sossegado las commociones de la ignorancia de los Zoylos. El deseo de complacer à las gentes, no es el aguijòn que le estimula. No busca aumentar su fortuna, por la del Impresor, y Librero. Si no le asusta, altera, ni inquieta la Critica, ni las murmuraciones; tampoco le hinchan, engrien, ni ensobrevecen las alabanzas, y gloria del acierto. El *Duende* no quiere ser responsable del mal juicio, que pueda hacer el público de lo que escribe: ni tampoco quiere, que los palmotèos que le diesse, le obliguen à preguntar, como el Orador Griego, en què se havia descaminado, pues tanto le aplauden. Sabe el *Duende* quanto aprovecha el poder vivir oculto, y báxo la capa de un Tercero, y que son muchos los bienes que algunos han logrado, patrocinados de las tinieblas, que favorecian à su entendimiento. Jamàs brilla mejor la verdad, que quando sepultada, y oprimida, procura ella misma despedir luces por grietas, y hendiduras, que nadie averigua. Quàntas veces, y à quàntos descubrió desde su sepulcro el rostro, manifestandoles en público, lo que ellos con tanta solicitud, y maña procuraban ocultar à vista de las gentes? Dexen, pues, los Criticos al *Duende* el derecho de poder escalar, como ellos, el Monte, que conduce al Templo de la Fama. El camino admite à todos. A nadie se le pide la Fè de Bautismo en la entrada. No embidien, que ofrezca à la Deydad unos Gazapillos, yà que èl no embidia, que los demàs tengan caudal para hacerla sacrificio de Gazapatones.

El Discurso siguiente se darà el Miercoles 8. de Julio de 1761.

FIN.

EN MADRID: Con las Licencias necesarias, en la Imprenta de Manuel Martin, calle de la Cruz.

Se hallarà este, y todos los siguientes en las Librerias de Antonio Sancha, frente del Correo; en la de Bartholomè Lopez, Plazuela de Santo Domingo; y en la de Bartholomè Ulloa, frente del Salvador.